

1.1

Ya es de noche en los contornos de la costa, noche cerrada y húmeda. Los árboles tiemblan de frío en el jardín de mi urbanización. A sus pies, los gatos maúllan insomnes, enzarzados en cruentas disputas. Una bocanada de mar bravío los alienta e incita. Medianoche, y yo aquí, en vela como los gatos, enfurecido también como ellos. Pero no por hambre, frío o celo animal, sino por un tormento grande que me sacude en el pecho. Mi aflicción tiene un nombre y un origen concretos: Markus, la persona que, sin pretenderlo, ha cambiado mi visión de todas las cosas. Él es quien ha logrado que brote en mí una nueva conciencia de todo. Cuando lo conocí, nunca imaginé hasta qué punto me vería ahora afectado. Hoy sin embargo, sobrepasado por la dimensión de su agonía, me he visto forzado a tomar una postura. Finalmente, me he decidido a encauzar de modo sereno la marabunta de sentimientos que me desvela y he precipitado el comienzo de esta empresa.

A decir verdad, no sabría bien cómo denominar esta dura tarea de recapitulación de todo cuanto en los últimos tiempos he vivido a su lado. Mi única pretensión es que, una vez concluida, se convierta en una crónica, en una síntesis de todo su padecimiento. De cómo, conforme fui descubriéndolo y profundizando en él, me impactó y me atenazó progresivamente las neuronas, hasta verme en la necesidad de contarlo, bien sé que de forma parcial y subjetiva. El objetivo final: que su historia no se consuma en el olvido. Siempre me rondará

el interrogante de por qué lo hago. ¿Por qué a estas horas avanzadas de la noche me siento frente al portátil y, a trompicones, afronto la elaboración de esta crónica? ¿Cuál es el trasfondo de este arrebato? No hallo fácil respuesta.

Quizás, si no me hubiera topado con él en la fundación donde presto mis servicios, y si no me hubiera visto arrasado por su personalidad, por su caso, por lo tremendo de su lucha..., quizás permanecería ahora impasible, cubriéndome confortablemente en la cama, con mi pelliza funcional bien guardada en el ropero a la espera de otro día de laboreo insulso. Pero ocurre al contrario: siento que se me impone esta tarea y que todo lo demás pasa a ser secundario. Que mañana pueda levantarme con buena cara, reflejo de haber dormido de corrido mis ocho horas reglamentarias de sueño, eso es algo accesorio, secundario. Que las cosas puedan irme rodadas en la biblioteca atendiendo a las demandas de los enfermos residentes, también eso resulta accesorio, secundario. Que ellos me noten abstraído, pasivo, incluso irascible, es del todo accesorio, secundario. Que no coma ni duerma lo estipulado, que pueda tirarme así noches y noches, que de modo consciente atente contra mi salud que en tanta estima tengo, nuevamente, accesorio, secundario. Lo que nunca será accesorio, secundario: que por indolencia no acometa mi empresa en los límites que me he marcado.

Solo ahora estoy a tiempo de abordarla, más tarde quizás no. Únicamente ahora, cuando él sigue a mi alcance, cuando sus pulmones, deshechos por completo, consumen aún algo de oxígeno, tiene sentido esta tarea. Ahora todavía puedo apoyarme en él. Su memoria responde, al contrario que su voz, que se muestra cada día más frágil. Ya cuando trata de comunicarse conmigo, casi no lo escucho. Parece como si emulara el silbido del aparato que le controla las constantes vitales, o el resollar espasmódico de la máquina de respiración que se ha convertido por fuerza en su guardaespaldas.

Todavía ese general decaimiento no ha afectado a su conciencia. Por tanto, si algún dato me baila, si me falta el conocimiento acerca de cualquier circunstancia relevante, podría acudir a él. Más adelante, como digo, tal vez no... Sé que, tarde o temprano, su aliento se extinguirá y será trasvasado por esa dichosa máquina a la esfera de lo etéreo. Allí se extenderá como una enorme nebulosa sobre nuestras cabezas. Es lo que sucederá, no cabe duda. Los que aquí quedemos, tiempo tendremos de lamentarnos. Nos voltearemos boca-bajo, nos tiraremos de los pelos y nos preguntaremos: «¿Dónde estaba yo? ¿Cómo pude consentir que se desvaneciera de ese modo?».

Temo que mi empeño fracase, que me fallen las fuerzas, la aptitud, la perspectiva. En todo caso, no será un esfuerzo en balde, sino constructivo, liberador. Cuando menos un acto de reparación, efectuado por terceros, de todo el dolor que hoy se acumula en sus pulmones. Visto así, no creo que el reto me desborde. La pura lógica de los hechos, serenamente recompuesta, será suficiente. Ella sola encauzará todo lo que hoy me parece tan inabordable. A buen seguro que, en cuanto me ponga manos a la obra, su historia verá la luz en el tono deseado, sin verse privada de su dureza. Él sabrá agradecer mi empeño, lo sé. Acaso un día de estos, cuando me lo encuentre junto a los demás enfermos de pulmón, le comente mi osadía. Tal vez mi ocurrencia acabe insuflándole un pequeño hálito de esperanza, quién sabe... Si no fuera así, me quedará el consuelo de haber mantenido vivo el hilo de nuestra comunicación. Vivo todo el tiempo que aún le quede por delante. Vivo cada una de estas noches de sollozos y gatos enfebrecidos.

1.2

Hoy estaba algo más tranquilo. He pasado por su habitación como todas las mañanas, después de cumplir mi ronda con el resto de enfermos inmovilizados. Me he parado frente a ella, esa habitación que comparte con otro enfermo terminal del pulmón, como él, sin saber lo que me iba a encontrar dentro. Cada día que pasa, sobre todo cada fin de semana, es grande mi miedo a entrar en ella. Conforme recorro su pasillo, el de los pacientes de EPOC, conforme voy entregando y recogiendo las peticiones de libros camino de su puerta, no puedo evitar que se me acelere el pulso. A veces me muestro algo seco en el trato, aun a sabiendas de que los enfermos me necesitan verdaderamente. Yo soy a menudo para ellos la única visita amable que reciben en todo el día. Esto me ocurre porque tengo la cabeza puesta en la habitación 319, y en lo que habré de encontrarme cuando la traspase. No me atrevo a referir lo mucho que sufro cada vez que giro el pomo de la puerta. En las breves décimas de segundo que dura tal acción, mi imaginación se dispara y tiene por costumbre situarse en el peor de los escenarios. Que me lo encuentre inconsciente, que me digan que ha sufrido un colapso, una nueva crisis... O lo que más temo: que su cama aparezca vacía y las enfermeras me confirmen que lo peor ha tenido lugar, indefectiblemente, por la noche... Por norma, soy así de neurasténico.

Por fortuna, hoy no se han producido novedades. Mi inquietud se ha disipado al cerciorarme de que había pasado tranquilo el fin de semana. Cuando he entrado, estaba apoyado